

destemplada la de San Antonio, muy compasada y majestuosa la del convento franciscano.

Otra vez la bulla, el vocerío, el cerrar de libros y el estrépito de gavetas.

—Voy á ver á esos diablejos!—dijo contrariado el anciano—¿Me aguardas ó te vas? Mira: ven una noche; de noche estoy aquí, no salgo nunca, De noche no tengo que lidiar con el rebaño; ven y oirás la odita. Pero antes dame un abrazo! ¡Vaya, muchacho, si eres ya un hombre! Di á tus tías que por allá iré.




## IX

A la salida me detuve en la esquina unos cuantos minutos. Iba delante de mí un grupo de chiquillos que venían de la *Escuela Nacional*, alegres, parlanchines, con sus bolsas de brin en bandolera, muy cuidadosos de sus tinteros, unas botellitas tapadas con un corcho y pendientes de un hilo que los granujas se enredaban en el índice de la mano derecha. Casi á mi lado avanzaban paso á paso algunos discípulos de don Román, con el Nebrija bajo el brazo, serios, graves, orgullosos, muy pagados de su ciencia, como personas de altísimos saberes. Mientras los escolares se detenían en la esquina para aprender en la parte más llana de la acera un partido de canicas ó de burras, los latinistas del *pombo-*

sisimo Cicerón siguieron de largo, volviéndose para mirarme con cierta curiosidad entre burlona é impertinente. Al fin de la calle, delante de una tienda, una carreta, tirada por una yunta, aguardaba la salida de los gañanes. Estaba cargada de barriles de aguardiente y pilones de azúcar blanquísima, cuyos cristales, heridos por el sol, centellaban con diamantinas luces. Los animales, entornados los ojos, parecían dormitar. El buey de la izquierda, un hermoso buey sardo permanecía inmóvil; el otro, blanco, manchado de negro, se azotaba el lomo con la cola para espantar las moscas que le hostigaban. En la parte posterior de la carreta, sobre el barandal, descansaba la crinosa pica.

A mi paso, en todas las calles, en ventanas y puertas, veía yo rostros que no eran nuevos para mí. Al contemplarlos yo como que se reproducían vagamente, allá en los rincones más escondidos de mi memoria.

Hombres y mujeres me miraban con insistencia y examinaban atentamente mi traje, sorprendidos del corte de mi ropa, del pantalón ceñido, entonces al uso; de la americana cortita; de mi corbata roja (que los villaverdinos decían de *chinacos*); de mi sombrero abombado, blanco,

salpicado de puntitos negros, como si me le hubieran asperjado de tinta.

Antaño los villaverdinos tenían en el extranjero que llegaba á su pintoresca ciudad motivo de burla y diversión. Principiaban por reirse del color de sus vestidos y de su manera de llevar el cabello. Cuchicheaban de él en sus bigotes, le cortaban un sayo, y luego acababan por imitar lo que censuraban,—y de la peor manera.

Hace mucho tiempo que no pongo los pies en Villaverde, y entiendo que mis paisanos son ya más cultos, pues de allá me escriben, y me dicen que ya no son así: que ya no gustan de presentarse mal vestidos; que adoptan las modas acertadamente, y que en las sastrerías villaverdinas se reciben figurines nuevos cada tres meses. Pero entonces, cuando acaecieron los sucesos que voy á referir, era otra cosa. Los más guapos usaban zapatones de gamuza; el traje de charro, mal hecho y peor elegido, era el usual, y por eso los jinetes y cócoras de la vecina Pluviosilla, donde siempre hubo, aun entre los obreros y gente del campo, charros muy galanos, llamaban á los petimetres de Villaverde los *charritos de barro*.

En la plaza de la blasonada ciudad nada había

variado: la Parroquia estaba intacta, igual, como la dejé diez años antes, con su graciosa cúpula de azulejos, su torre arruinada, abriéndose al peso de sus campanas *ponderosas*,—como decía don Román—la yerba crecida en el cementerio; el frontis del templo, festonado con espontáneos helechos que á lo largo de las cornisas lucían sus palmas séricas, y coronaban con gallardos plumajes el susodicho blasón que los villaverdinos ponen en todas partes.

Arrimado á la torre, en su rollo grietado y leproso, el cascado reloj virreinal, con su esfera de mármol y sus agujas doradas, invisibles para quien las viese de lejos, porque las ocultaba el ramaje de soberbios ahuehetes, á cuya sombra se refugiaban los lechuginos que cada domingo, después de la misa de doce, se instalan allí para ver á las muchachas que salen de misa muy emperifolladas y de ataque. En el cuadrante un clérigo melancólico, pensativo, fumando, como un árabe delante de su tienda; en el corredor bajo de las Casas Municipales un policía haraposo, con el fusil al hombro, paseándose; y allá por la Calle Real, centro del miserable comercio villaverdino, una recua, un pordiosero, y el Dr. Sarmiento, muy de prisa, echado el sombrero hacia

la nuca; figura invariable, tipo eterno del médico de las poblaciones cortas.

La plaza, mejor dicho el centro de ella, jardín en otro tiempo, gracias á los empeños de un prefecto santanista, se conservaba como yo la dejé. En medio la fuente secular, ancho pilón de ocho lados con surtidor de granito, en forma de alcachofa, del cual salía poderosamente grueso chorro de agua cristalina, que cuando el viento huracanado de invierno le hacía pedazos inundaba las baldosas del contorno. La barda de cal y canto estaba ruinosa y desconchada; los bancos derruidos y desportillados; y los naranjos que circundaban la fuente, anémicos, devorados por las hormigas. En un arriate, el único que parecía tal, algunas plantas frondosas y lucientes, enflorecidas y galanas.

Atrajo mi atención al costado del templo, un edificio nuevo, una casa magañica, de brillante aspecto; magnífica para Villaverde y para aquella plaza donde todo es mezquino y vulgar. Linda casa, de airoso alero, de anchas y rasgadas ventanas, con rejas de hierro, vidrieras elegantes y umbrales de mármol.

Las ventanas del salón estaban abiertas. El ajuar lujoso, los cortinajes, los muros empapela-

dos, los espejos, los grandes cuadros con grabados finísimos que representaban escenas bíblicas (el casamiento de Isaac, Ruth y Booz, Rebeca en el pozo), todo, todo indicaba la riqueza de quienes allí vivían.

Sonaba brillantemente el soberbio piano. Manos habilísimas tocaban en él una redowa muy aplaudida, *La caída de las hojas*, música soñadora y lánguida que delataba un ejecutante melancólico.

Me detuve cerca de una reja. Entonces pude columbrar el interior: gracioso jardín, amplios y frescos corredores, pretilos llenos de macetas con rosales, camelias y azaleas, jaulas y jaulitas, una pajarera llena de canarios que cantaban regocijados.

En un espejo, frontero á la ventana, vi quién tocaba. Era una joven rubia, ataviada con modesto traje blanco, uno de esos vestidos de muselina de hilo, frescos, ligeros, vaporosos, que tanto sientan á las muchachas núbiles: trajes que llevan con singular donaire las pollitas de Villaverde y de Pluviosilla. ¡Qué gallarda caía en torno del taburete la ondulante cola de aquella falda!

Concluida la redowa, la hermosa señorita siguió jugando en el teclado. Primero, escalas ra-

pidísimas, cuyas notas se desgranaban como las cuentas de un collar; luego pasajes favoritos, temas predilectos,—un fragmento melódico, arrullador y deleitoso.

De pronto, cuando menos lo esperaba yo, dejó su asiento la tocadora. Cerró el piano y corrió á la ventana.

¡Linda, hechicera criatura! Pero ¡ay! no pude contemplarla. Seguí adelante, y seguí dulcemente impresionado. Me parecía que oía yo detrás de mí el ruido de la ondulante falda de muselina. No tuve valor para volver el rostro.

¿Por qué en aquel momento pensé en Matilde, la dulce niña de mi primer amor? ¡Ay! ¿por qué creí ver delante de mí un rostro apenado, lloroso y dolorido, el rostro de Angelina?

Minutos después, al entrar en mi casa, salió á mi encuentro la gentil doncella. Estaba radiante de alegría. Al mirarme, se encendió. . . . y bajó los ojos.





X

Andrés vino á visitarme. Le invité á dar un paseo por las orillas del río, y entonces me declaró que mis tías estaban en la miseria. Para sostenerme en el colegio, sin que nada me faltara, habían hecho toda clase de sacrificios. Redujeron sus gastos á lo menos posible, y trabajaban del día á la noche, cosiendo, confeccionando pastas y conservas, y haciendo flores artificiales. En cierta época torcieron cigarrillos para *El Puerto de Vigo*. Pero el mejor día enfermó tía Carmen. Una enfermedad, muy común en Villaverde á la entrada del verano, la postró en el lecho. Pasó la disentería, pero la pobre anciana quedó achacosa. Aunque aparentemente sana, estaba herida de incurable enfermedad. Al principio se

presentó un síntoma que no acertaron á explicarse las buenas señoras:

Algo—decía la enferma—como hormiguelo en la columna medular; algo que descendía, rápido como relámpago, hacia las extremidades inferiores. En ocasiones, vértigos que duraban un instante y que dejaban á la paciente cansada y sin fuerzas. Así durante algunos meses. Después no volvieron hormigueos ni vértigos, pero sobrevinieron convulsiones, muy fuertes en el brazo izquierdo, el cual, pasado el acceso, quedaba débil y entorpecido. Vino el Dr. Sarmiento: recetó pomadas y bebidas tónicas; prescribió alimentos sanos y nutritivos, ejercicio moderado por la mañana y por la tarde, y durante las horas intermedias sosiego y reposo.

La anciana no quería estar mano sobre mano; pero tuvo que obedecer las órdenes del médico en vista de los progresos de la enfermedad.

Desde entonces pesó sobre la tía Pepa todo el trabajo, el cual, como es de suponerse, no bastó á las necesidades de aquella casa, ni para sostener al sobrino, para sostenerme en el colegio. Tía Pepa dijo:—“¡Que se venga! ¡Que no siga estudiando! Aquí le buscaremos un empleo, cualquier destino en que se gane alguna cosa.” Pe-

ro la enferma se opuso á ello:—“Que acabe el año,—replicó—Dios dirá! Acaso para entonces nos paguen la pensión.”

Y así pasó un año, y buena parte de otro. Nunca me faltó nada; nunca dejé de recibir, con toda puntualidad, el dinero que desde un principio me señalaron para atender á mis gastos. Sólo una vez, por mayo ó junio, no recibí el dinero en los primeros días del mes. Escribí; y vino orden para que un villaverdino ricacho, de años atrás establecido en la Capital, me diese veinticinco duros.

Por Andrés vine en conocimiento de que entonces vendieron la casita, la hermosa casita en que nací, donde murió el abuelito, donde murieron mis padres. Nunca fuimos ricos; teníamos lo necesario para pasar la vida; pero todo se fué acabando poco á poco; aquello era lo último que nos quedaba. En verdad que la tal casita no valía gran cosa; sin embargo, no había en Villaverde otra mejor. Ninguna más amplia, ni más alegre, ni más cómoda. Tenía agua corriente, y un gran patio, que mis tías habían convertido en hermoso jardín, donde se producían hermosas flores y magníficas frutas; naranjas de China, como almibar de dulces; aguacates, muy afamados en Vi-

laverde; chinenes, blancos como la leche y sin una hebra; jinicuiles riquisimos, anchos, aromáticos, carnudos; guayabas-manzanas deliciosas. Éstas las daban unos árboles plantados por el abuelito, quien trajo la simiente de las Antillas.

Vinieron las escaseces, la pobreza y la miseria. La enferma iba de mal en peor. Las convulsiones eran diarias, y duraban dos ó tres horas. El brazo izquierdo no le servía para nada; las piernas fueron debilitándose, y la buena señora no pudo caminar sin el auxilio de ajena mano. A las amarguras de la pobreza se juntaron en mi pobre tía otras mayores: las que le causaba ver que su hermana trabajaba del día á la noche, sin que ella la pudiese ayudar. Tía Pea hacía flores, cosía, y daba lecciones de lectura y de catecismo á una veintena de niños.

No pudieron conseguir que la pensión fuese pagada. El gobierno no estaba en condiciones de hacer esos gastos, decían; pero yo he creído siempre que para quienes entonces estaban en prianza no fueron nunca simpáticas las ideas de mi abuelo. ¡Qué entendían ellos de pelear en defensa de la patria, en Tampico, en Veracruz y en Churubusco! ¡Qué les importaba á ellos que se murieran de hambre unas pobres viejas!

Andrés acudió en auxilio de mis tías; hizo por ellas y por mí cuanto pudo; pero el fiel servidor no tenía mucho: un tendejón insignificante, y paremos de contar.

Mis tías conservaron siempre en su pobreza su amada dignidad. Nunca pidieron ni un real á sus amigos, (y eso que los tenían muy ricos y dispuestos á socorrerlas) y prefirieron imponerse las más duras privaciones, antes que molestar á nadie. Se privaron de cuanto les pareció superfluo,—y nada superfluo había en aquella casa,—y hasta de lo más necesario. Me duele el corazón cuando lo recuerdo; se me humedecen los ojos al apuntarlo aquí: mi tía Carmen se negó á medicarse para que no me faltase nada.

Con el dinero de la casita hubo para algunos meses. Saldaron un gran adeudo de contribuciones, me proveyeron de ropa, y me adelantaron el importe de mis gastos dos ó tres meses.

Entonces vino Angelina á nuestra casa. La infeliz había quedado huérfana. El sacerdote que la tomó bajo su protección la puso allí, al verse obligado á desempeñar la cura de almas en un pueblo de la sierra, que á la sazón estaba infestada de guerrilleros y bandidos.

Algún amigo de la familia habló de mis tías al

párroco, y Angelina se quedó con ellas. El sacerdote les pagaba una corta pensión. El cura era pobre, y no podía derrochar el dinero así como quiera. Sin embargo, sobradas pruebas dió de generosidad.

Era preciso renunciar á todo; prescindir de estudiar; no pensar en ser médico ó abogado, y perder la risueña esperanza de suceder al Dr. Sarmiento ó de heredar la clientela del Sr. Lic. Castro Pérez, el más ilustre jurisconsulto de Villaverde.

No había más que ponerse á trabajar. ¿En qué y cómo? Sólo Dios lo sabía. ¿Cuándo? Cuanto antes. Andrés se encargó de allanar el camino. El desinteresado servidor me propuso que volviera yo á la Capital para continuar los estudios.

Sacrificaré—me repitió—hasta el último medio!—Eso no era posible. Convinimos en que hablaría con algunas personas de las más ricas de Villaverde, particularmente al Sr. Castro Pérez, para que me proporcionaran empleo. Cualquiera sería bueno, se ganara mucho, se ganara poco. El caso era trabajar.

¿Sería yo capaz de aliviar de alguna manera la precaria situación de mi familia? ¿Me sería dable corresponder á los sacrificios de aquellas cari-

ñosas ancianas que por verme dichoso habrían dado su vida? Confieso que en aquellos momentos me faltó el valor. ¿Qué haría el inexperto escolar, apenas salido del colegio, convertido en jefe de familia? Respondía de su diligencia, de su abnegación; pero no fiaba en sus aptitudes. Le alentaba saber que en Villaverde todos le conocían; que allí, de tiempo atrás, todos los suyos merecieron consideraciones de los más conspicuos villaverdinos. Le alentaba esto, pero al mismo tiempo miraba en ello cierta dolorosa humillación. ¡Valor! Ayúdate que Dios te ayudará.





## XI

Dejome triste y abatido la conversación de Andrés. La generosidad de aquel servidor, fiel en todo tiempo á sus amos, me llenó de admiración. Andrés no tenía familia; no conoció á sus padres; le dejaron huérfano en muy temprana edad, y pasó la infancia en el campo, desempeñando rudísimas labores, al servicio de gentes que le trataban mal. Solia recordar las amarguras de esa época, y contaba minuciosamente sus trabajos y sus penas; pero nunca le oimos quejarse de la aspereza de sus primeros amos, ni jamás se le escapó una palabra en contra de ellos.

Mi padre le sacó del rancho donde vivía, le tomó á su servicio, y el mancebo fué bien pronto digno del cariño de todos nosotros.

No quiso casarse.

—¿Para qué?—contestaba.—¿Para qué? No me hace falta la familia. Ustedes son mi familia, ustedes son todo para mí!

Cuando la familia vino á menos, y mis tías no pudieron ya retribuir sus servicios, Andrés, más por ser útil á nosotros que por deseos de medro, nos dejó y fué á establecerse en un pueblo cercano. Con sus ahorros, ya muy mermados por haber subvenido secretamente á las necesidades de la familia, puso una tienda, y allí, á fuerza de trabajo y de economías, hizo un piquillo, que,—como decía,—le bastaba para vivir y auxiliar á las señoritas.

Cayó enferma mi tía Carmen, y Andrés se dijo:—“¡A Villaverde! No debo vivir lejos de la familia. Ahora más que nunca necesitan de mí. ¿De qué sirve ir á verlas de cuando en cuando?”

Traspasó, malbarató el *changarro*, lió el petate, y se vino á Villaverde. En Pluviosilla hubiera estado mejor y habría medrado fácilmente, pero como su objeto era vivir cerca de mis tías no vaciló en trasladarse á la budística ciudad.

Mientras residió en Santa Rosa venía cada ocho días, sin faltar nunca, así lloviera á cántaros. Entre ocho y nueve de la mañana, allí esta-

ba Andrés en su caballejo, muy cargado de frutas, semillas, y aves de corral. Al irse, domingo por la tarde ó lunes muy tempranito, no dejaba de poner en el comedor cuatro ó cinco duros; acaso buena parte de sus ganancias.

De tiempo en tiempo recibía yo en el colegio algún regalo suyo: magníficas frutas, mangos cordobeses, piñas amatecas, y naranjas-limas. Algunas veces dinero, después que pasaba la cosecha del tabaco y del café. Al recibir los diez ó doce pesos me decía:—“¡Andrés está en fondos!” Y me alegraba yo por él y por mis tías.

Cierta ocasión recibí una cajita de puros. Me la entregó Ricardo Tejeda. Dentro de la carta de la tía Pepa venía una tira de papel, en la cual escribió Andrés, con aquella su letra torpe y desgarbada: *Para que chupes. Ya eres grandecito, y ya te gustarán los buenos puros. Decía mi amo que un puro bien revoleado disimula la arranquera.*

Entonces no me gustaba el tabaco. Ricardo se fumó todos los puros. El domingo se me presentaba hecho un figurín:

—Rodolfo: dame uno de aquellos de nuestra tierra!

Él dió cuenta de los tabacos; él, que no tenía necesidad de disimular la arranquera.

El fiel servidor, establecido en Villaverde, allá por el barrio de San Antonio, en una tienda que se llamaba *La Legalidad*, fué, como siempre, una providencia para las tías. Desde luego resolvió que ellas le asistieran, y por ello pagaba más de lo justo.

—Que nada falte;—repetía—veremos hasta dónde alcanza la pita!

Nada de esto me dijo; lo supe más tarde de boca de la tía Pepa. El buen viejo se limitó á ofrecirme lo que acaso no le era dable hacer—gastarse cuanto tenía.

Ni la salud de Andrés ni su *piquillo* resistirían cuatro años de gastos, y cuatro años, cuando menos, me serían necesarios para que tuviera yo un título y pudiera tratar de compañero al Dr. Sarmiento ó al Lic. Castro Pérez.

Hube de conformarme con lo que la suerte me deparaba. Me resigné á dejar los libros y á renunciar á las alegrías de la vida estudiantil, para buscar en Villaverde lo que tal vez no faltaría: un destinejo que me proporcionara cada mes algunos duros.

Confiaba yo en la bondad de mis paisanos, en la benevolencia de nuestros amigos, para quienes no era un misterio la situación precaria

de mis tías. Me lisonjaba la idea de que iban á cesar en aquella casa dificultades y miserias. Tal vez, en lo futuro, gozaríamos de vida más tranquila; y, á decir verdad, me halagaba ser el jefe de la casa. Con más dinero la enferma sería mejor atendida, la veríamos aliviada, y acaso recobraría la salud.

A nadie comuniqué mis proyectos. Procuré, no sin esfuerzo, que me vieran alegre y contento. Estaba yo apenado y triste. No me creía yo extraño en aquella casa, ni me sentía degradado al recibir de las pobres ancianas cuanto me era necesario; no; porque el afecto filial con que las veía, y el cariño maternal con que siempre me trataron, alejaban de mi ánimo toda idea mezquina y todo pensamiento humillante. Durante varios días estuve abatido. Por la noche, á buena hora, me encerraba yo en mi cuarto, metíame en la cama, y me ponía á leer. Leía yo páginas y páginas, sin parar mientes en los conceptos. En un vetusto armario me hallé varios libros: una Historia de Napoleón; no recuerdo qué obra clásica de arte militar, y ¡oh dicha! dos ó tres volúmenes de Walter Scott. Tomé uno, *La Novia de Lammemoor*. En pocas noches le dí fin. Al acabar la última página advertí que aquella lec-

tura había sido inútil. Mi cabeza no estaba para novelas.

Temprano, antes de que se despertaran mis tías, salía yo al patio. Allí me lavaba yo en una gran jofaina que desde la víspera ponían para mí en el borde de la fuente, entre los tiestos floridos, bajo la copa aparasolada de un floripondio cuyas campanas de raso se columpiaban al soplo vivífico de los vientos matinales, mientras en jaulas y ramajes cantaban los pajarillos la incomparable alborada otoñal. El agua retozaba en el surtidor y caía desbordante en el pilón. En la superficie del cristalino líquido bogaban pétalos y flores caídos durante la noche. Se me antojaban esquifes, gondolillas maravillosas en que bogaban seres invisibles.

Volví yo á mi cuarto. A poco principiaba Angelina su matinal faena. Pronto resonaba en el corredor el ruido de su escoba. En los labios de la joven susurraba alegre cancioncilla que parecía un eco suave, apenas perceptible, de la que cantaban los alados músicos en su prisión de cañas y en la copa de los naranjos ornados ya con amarillas pomas.

Al salir me detenía yo á conversar con la doncella. Tratábala yo como á una hermana predi-

lecta, y procuraba inspirarle confianza; pero ella se mostraba siempre reservada y asustadiza. Sin embargo, no tardé en comprender que aquel airrecillo gazmoño que tanto me chocó en Angelina el primer día, no era más que timidez de bondad, muy en armonía con su carácter y su belleza, muy natural en quien había tenido tanto que llorar.

La plática, iniciada con una frase lisonjera en elogio de su diligencia, se iba enredando poco á poco, sin saber cómo, y más de una vez la tía Pepilla vino á interrumpir nuestra charla.

¡Dulces instantes aquellos! Angelina, de pie cerca del pretil, envuelta en el rebozo, caídos los brazos con placentera indolencia, entre las manos la escoba perezosa. Yo á horcajadas en una silla, ó puesto un pie en el travesaño. Ella, escuchándome cariñosa; yo, bañado en la luz de sus rasgados ojos.

A las veces, si algún ruido nos anunciaba que tía Pepa venía, sin motivo, sin saber por qué, nos despedíamos de prisa, y salía yo con rumbo á los barrios más distantes.

Volví yo á la hora del desayuno. Ya la casa estaba lista: barrido el corredor, arreglada la sa-

lita, dispuesta la mesa. La doncella solía sentarse á mi lado. Me atendía y me servía como una hermana cariñosa al chicuelo preferido, dispuesta á satisfacer todos mis deseos y caprichos, adhiriéndome el pensamiento.

Mi tía parecía complacerse en aquella dulce y sencilla fraternidad. Cualquiera que nos viese juntos á los tres, habría creído que éramos dos hermanos, y que la anciana era nuestra madre.

El desayuno duraba frecuentemente una hora. Tía Pepa charlaba á su sabor. Yo y Angelina nos sentíamos correr el tiempo. La anciana se levantaba para ir á sus quehaceres, y al pasar detrás de nosotros se detenía y nos acariciaba; á mi, estrechando mi frente entre sus manos; á ella, dándole una palmadita en cada mejilla.

Un campanillazo solía poner término á nuestra conversación. Era que tía Carmen llamaba.

—¿Dónde está mi Angelina? ¿Qué hace mi Angelina que no viene?



## XII

Entonces iba yo á saludar á la enferma. La pobrecilla pasaba muy malas noches. Padecía insomnios, y ataques de convulsión que la obligaban á dejar el lecho por algunas horas y á pasearse por el aposento, apoyada en el brazo de Angelina.

—¡Es para mí una hermana de la Caridad!— me decía la tía Carmen.—Conmigo no tiene la pobrecilla sueño tranquilo.

Y á Angelina:

—¡Pobre de tí! Eres muy buena, muy buena! ¿Qué obligación tienes de velar mi sueño? Me da pena llamarte, si, me da pena! Si lo hago es porque no quiero despertar á Pepa. La infeliz cae rendida, y ya no está para eso!

En tanto que yo conversaba con la enferma, en el corredor más lejano se reunían los discípulos: veinte ó treinta niñitos de las principales familias de Villaverde; un coro de querubines travessos y mimados.

Pronto resonaba en el patio el rumor alegre del estudio. La buena señora daba lección á cada niño, y luego se ponía al trabajo en una mesa larga y angosta.

De manos de mi tía, hábiles por extremo, salían todos los ramilletes que adornaban las iglesias de Villaverde. Flores de mil clases y colores. Unas, fantásticas, de papel dorado y plateado; otras, las más bellas, tan propias y bien dispuestas, que, á cierta distancia, nadie las distinguiría de las naturales. Allí, torciendo alambres, enhebrando capullos, acocando pétalos, pintando hojillas, se pasaba mi tía toda la mañana, y toda la tarde. Sólo dejaba su labor para atender á los niños y tomarles la lección.

La joven venía en ayuda de la anciana. La doncella se pintaba para aquellas labores. De su mano recibían flores y ramilletes el último toque. ¡Qué guirnaldas y qué festones aquellos! Gallardos, sueltos, flexibles, como las guías de convólulos y cabrifollos que sombreaban la fuen-

te. Las rosas. . . . ¡ah! ¡las rosas! Lindas y espléndidas salían de manos de la anciana; pero Angelina las embellecía al tocarlas. Un tallo duro, una hoja rebelde, un pétalo sin gracia, todo recibía de la joven singular hermosura. Parecía que á través de los ramilletes pasaba un soplo primaveral que daba á las flores vida y lozanía.

Los niños, atraídos por tanta belleza, dejaban sus sillitas, y paso á paso se iban colocando en torno de la florista. Con las manos detrás, ocultando el libro, permanecían largo rato, embobados y boquiabiertos, delante de tantas maravillas.

A las doce concluía la tarea. Los criados llegaban por los niños, y era la hora de la lección. Mi tía se mostraba severa, fruncía el ceño, reprehendía, amenazaba. Los chicos preferían que Angelina les tomase la lección. Ella, paciente y bondadosa, conseguía que los niños estuvieran atentos, y con una mirada ó una caricia ponía orden en aquella turba de diablillos rubios, vestidos con faldellines de seda.

Angelina era una muchacha muy inteligente. Escribía con mucho primor. Linda letra la suya; suelta, cursiva, elegantísima, sin que lo donairoso de los trazos le hiciera perder esa suavidad del carácter femenino que no sólo se manifiesta en

el estilo, sino que trasciende á la forma de las letras, siempre que la mujer no presume de saber ó gusta de llamar la atención. Dificilmente se le escapaba una falta de ortografía. Escribía como hablaba, con mucha naturalidad y sencillez, sin rebuscar frases ni atildamientos, siguiendo el orden lógico de las ideas, ajena á la calculada afectación, que hace del estilo epistolar una cosa insoportable y ridícula. Mas no por eso caía en el extremo opuesto, en las fórmulas de rito y en los conceptos de estampilla. Era muy dada á los libros; pero sólo leía cuando se lo permitían sus quehaceres. Leía todos las noches el *Año Cristiano*, y se sabía al dedillo las vidas de los santos.

Una noche le tocó leer la vida de Santa Teresa.

—¡Jesús!—exclamó.—Si ya me la sé de memoria. ¡Puedo repetirla del pe al pa!

Y como tía Carmen dudara, Angelina refirió, con muy buen acuerdo y muy donosamente, la vida de la mística.

Cosa rara en una joven; gustaba de los libros serios y se parecía por los históricos. Había leído tres ó cuatro veces la *Historia* de Alamán, y soñaba atreverse contra los juicios del célebre escri-

tor, no sin gran disgusto de mi tía Pepa, para quien los dichos de Don Lucas eran un evangelio.

Discurría de historia patria con mucha donosura, sonriendo, sin fatuidades ni alardes de saber. Valdría la pena consignar aquí el juicio de Angelina acerca de algunos libros. Para ella no había mejor novelista que Fernán Caballero, ni peor novelador que Pérez Escrich.

—Abrir un libro de esos, la *Mujer Adúltera*, la *Esposa Martir*, y tener sueño, todo es uno! ¿Novelas? De Fernán Caballero. Sus personajes me parecen vivitos, de carne y hueso. ¡Aquello sí que es verdad! Comen, duermen. . . . ¡Si me parecen gentes á quienes trato todos los días! Yo no entiendo de esas cosas. . . . pero los libros de Fernán me gustan porque pintan la vida tal y como es. ¿Ha leído usted *La Gaviota*? *¡Elia*? *¡Lágrimas*?

—Y de Cervantes, qué me dice usted, Angelina?

—¡Eso es aparte! *¡El Quijote*? Es algo que parece novela y acaso no lo es. . . .

—Pues entonces. . . .

—No acierto á explicarme. Sí, es una novela; pero algo hay en ese libro que le pone por encima de todas las novelas.

Me pasaba largas horas conversando con Angelina. A pesar del estado de mi ánimo y de abatimiento de mi espíritu, cuando tejía con ella la red de viva plática, recobraba yo mi buen humor de otro tiempo, y me volvía alegre y jovial, y me olvidaba de esas enervantes melancolías que han sido, y acaso todavía lo son, nota sombría de mi carácter; de este carácter mío soñador y lánguido, dado á la pereza y al fantaseo, al delirio vago y á la meditación sin objeto. Perniciosa melancolía, nacida tal vez en mi alma cuando viví lejos de mi familia, condenado á las soledades de un colegio, cuyos claustros vetustos entenebrecieron mi espíritu; melancolía que me arrastra á los campos y á la espesura de los bosques, para extasiarme largas horas ante el espectáculo de un crepúsculo deslumbrador, á orillas de laguna adormecida, escondido entre los juncos; ó para abismarme en la contemplación de una flor desconocida, modesta y rústica beldad. Sentimiento tristísimo de la naturaleza que me hace odiosos el mundo ruidoso y frívolo y los atractivos de una sociedad vanidosa; sentimiento profundo de las bellezas del mundo físico, sentimiento que desarrollaron en mí los poetas y novelistas románticos. Por fortuna me he redimido

un tanto de las preocupaciones y falsas ideas del romanticismo, y aunque no del todo exento de ellas, pues aun me queda en el alma lamartiniana levadura, miro la vida de otro modo, no pretendo que todo sea á mi gusto y á medida de mi deseo, y vivo tranquilo, como vive toda buena persona, sin que me atormenten poéticos anhelos, ni me divaguen devaneos inútiles, ni me amarguen delicadas sensiblerías.





### XIII

A las diez de la mañana tomaba yo el sombrero y me iba á pasear por la ciudad. Al principio preferi los arrabales, los callejones sombríos, las márgenes pintorescas del Pedregoso ó las plazoletas de la Alameda, vasto cuadro sembrado de fresnos, al pie de la colina del Escobillar; alameda sin flores y sin árboles copados, que por lo apacible y retirada me era gratisima. A la sombra de un naranjo, el único crecido y frondoso, en cuya copa anidaban bulliciosos pajarillos, pasaba yo la mañana. Allí, en un asiento musgoso y desportillado, me entregaba yo á la lectura de mis autores favoritos; allí leí la *Atala* y el *Renato*; el *Rafael* y la *Graciela*; allí devoré el *Conde de Monte Cristo*, y repasé, por mi mal, algunas no-

velas de Jorge Sand, que acongojaron mi corazón y dejaron en mi alma sedimentos de acíbar. Allí gusté de la poesía de Zorrilla. ¡Zorrilla! Le conocía yo; le había oído leer de un modo maravilloso sus admirables versos, aquellas serenatas que eran, en labios del poeta, miel de abejas, susurro de arboledas, cantos del agua en las acequias de la Alhambra, música del cielo. Allí aprendí de memoria muchas composiciones del incomparable soñador de Milly: *El Lago, El Crucifijo, Las Estrellas*. Aun las recuerdo, y suelo repetir:

*Ainsi, toujours poussés vers de nouveaux rivages,  
Dans la nuit éternelle emportés sans retour....*

Y allí, preciso es que lo confiese, allí cometí un pecado mayúsculo, del cual no me arrepentiré debidamente en los años que me restan de vida. Me pasó lo que á los gastrónomos: principian por gustar de los buenos platillos, y acaban por invadir la cocina y preparar ellos mismos los guisos predilectos. A fuerza de leer versos me dió por hacerlos. Malísimos salieron los míos, á juzgar por lo que dijo de ciertos sonetos un periódico villaverdino. Publiqué los tales sonetos en EL MONTAÑÉS, previa la aprobación de don Ro-

mán, quien los tuvo por buenos y muy buenos, antes y después de que LA VOZ DE VILLAVERDE, LA SOMBRA DE VEGA, y cierto periodiquín de Pluviosilla los hicieran trizas y pusieran al autor como chupa de dómíne. Por supuesto que no salieron con mi firma. Firmélos: *Anteo*, y el seudónimo sirvió para que mis críticos extremaran la zumba. Entiendo que mi literatura poética no era inferior á la muy aplaudida de los más afamados poetas de Villaverde, el *pomposísimo* y el Lic. Castro Pérez, quien, de tiempo en tiempo, tenía sus dares y tomares con las esquivas deidades del Parnaso. Discípulo aprovechado de don Román, criado en los clásicos, como él me dijo, dióme,— á pesar de mis aficiones románticas,— por la poesía mitológica y horaciana. Cantaba yo la vega villaverdina, el *sesgo* y *undivago* Pedregoso, y la hermosura de mis paisanas. En el último soneto puse sobre los cuernos de la luna á la dulce Angelina, oculta bajo el poético nombre de Flérida.

Los rivales de mi maestro, Jacinto Ocaña, el director de la *Escuela del Cura*, y Agustín Venegas, el de la *Escuela Nacional*, creyeron que el sonetista era el *pomposísimo*, y al domingo siguiente, cuando esperaba yo elogios y aplausos, salió en LA VOZ DE VILLAVERDE un articulejo

desentonado y cáustico, en que ponían á don Román de oro y azul.

Corrí á verle:

—¿Ya leyó usted?—le dije al entrar.

—No, muchachito. . . . ¿Qué cosa?

—Lo que dice LA VOZ.

—No; no quiero leer esos disparates. Ya me imagino lo que dirán.

Pero la curiosidad pudo más en el dómine que el desprecio con que miraba á sus rivales. Después de un rato de silencio me dijo:

—¿Dame ese papasal!

El anciano se caló las gafas, se compuso en el asiento, y principió á leer el artículo editorial.

—No, á la vuelta. Una crítica de los sonetitos aquellos. . . .

—¿Y quién es Agustín Venegas para meterse á crítico?

—Lea usted.

Don Román estrujó el periódico y leyó.

A las pocas líneas se puso trémulo, pálido, balbuciente.

—Han creído que usted es el autor. Lamento lo que ha pasado. Nunca pude imaginar. . . .

—¡Bellacos! ¡Fátuos! ¡Presumidos!—exclamó.—¿Quiénes son ellos? ¿Qué obra los acredita para

darla de sabios y de críticos? Les perdono las ofensas. Lo único que no puedo perdonar es la ingratitude. ¡No les temas! ¡No te asustes! Escribe, muchacho; escribe, y que rabien! Tú harás algo; al paso que ellos. . . . Así se quemén las pestañas años y años, cuanto escriban servirá nada más para que envuelvan cominos en la casa de mi compadre don Venancio.

—¿Contestamos?

—¡No! Eso se quieren ellos, que les den tela. Oye, oye un consejo. Nunca salgas á defender tus escritos. La modestia. . . . ya lo sabes. . . . ¡Nada tengo que decirte! Conozco bien á esos necios. Por eso no he dado á la estampa los sá-ficos aquellos que te gustaron tanto, la odita al Pedregoso. Mira, Rodolfo: no hablemos más de esos bellacos.

Serenóse don Román, sacó la tabaquera, tomó un polvo, y, quitándose las gafas, me dijo en tono cariñoso:

—Vamos: ¿qué piensas hacer? Sigues los estudios, ó te quedas en tu tierra, y en tu casa, para buscarte la vida? Hablé ya con tus tías. Las pobrecillas quisieran verte médico, abogado. . . . pero ya sé, ya sé que las cosas andan malas, como yo me las figuraba! ¿Habló Andrés con Cas-

tro Pérez? Mira: yo le veré esta noche. Allí puedes ganarte alguna cosa; poco, poco, porque ya lo sabes, en Villaverde todo es roña; pero algo es algo! Por lo pronto. . . . Después, ya veremos! . . . . Estoy cierto de que te colocaré se lo pediré, y no ha de negármelo. Le recordaré que fué amigo de tu padre.

Andrés había hablado ya con el abogado, pero nada obtuvo: promesas, ofrecimientos. . . Sólo Castro Pérez podía darme trabajo. El Dr. Sarmiento se interesó en favor mío, y prometió á mis tías arreglar el asunto. Así las cosas, corrían los días y las semanas, y el empleo deseado no venía. En verdad que la idea de alejarme de Villaverde no me halagaba. No sólo me detenía en la budística ciudad el amor de los míos, no; cuando me ocurría que acaso sería preciso ausentarme, pensaba yo con tristeza en Angelina.

Había ya entre nosotros cierta intimidad fraternal, dulce y respetuosa, que me hacía grata la vida en Villaverde. En ocasiones pensé: ¿si estaré enamorado? No; hasta entonces aquello era una amistad afable, un afecto sencillo que mi tía Pepa fomentaba á todas horas. Una vez la buena señora, se dejó decir:

—¡Ay, Rorró! Si alguna vez piensas casarte. . . . busca una mujer como Angelina. Estábamos solos. Mi tía trabajaba en sus flores, y yo, cerca de ella, me entretenía oyéndola.

—¿Le gustaría á usted que me casara con Angelina?

—¡Cómo nó!—exclamó alborozada—¡Si es tan buena! ¡Si te quiere tanto!

No sé por qué se me encendió el rostro. Nunca pensé que Angelina pudiera aníarme. Y bien visto el caso ¿por qué nó? Angelina era muy digna de ser amada. Me ocurrió averiguar si alguien había puesto los ojos en ella.

—Y diga usted, tía: ¿No ha tenido novio Angelina?

—¡Por Dios, Rorró! Desde el otro día estás con eso! . . . . No, señor. Angelina es una niña muy juiciosa. Angelina no tendrá más novio que aquel que llegue á ser su marido. No es ella capaz de jugar con el amor.

—Así lo creo, pero. . . . Dígame usted: ¿no ha tenido pretendientes?

—¡Ah! Eso es otra cosa. ¡Así!—y mi tía juntó los dedos de la mano derecha, y los movió como para indicarme una multitud de personas.

—En Pluviosilla,—prosiguió—muchos! Un pañol rico; un mancebo de botica muy burlón, endiantrado, capaz de reirse hasta de su sombra; un colegial muy guapo, que le hacía versos; y otros. Aquí..... aquí.....

—¿Quién?

—Uno nada más.

—¿Quién?

—Amigo tuyo, condiscípulo tuyo.....

—¿Pepe López?

—No.

—Diga usted, tía.....

—Adivina.

—Eduardo, el hijo del alcalde?

—No. Eduardito es un pedazo de alcorcoque. ¡Él, el hijo del alcalde, prendarse de una muchacha pobre? ¡Cuándo! Él enamora á Gabriel Fernández.....

—A la jovencita rubia, la que toca muy bien el piano?

—¿Ya la conoces?

—El otro día la ví en la reja.

—¡Guapa! ¿No es verdad?

—¡Reguapa! ¡Linda como un sol!

—Eduardo se parece por ella.

—Entonces, ¿quién es el pretendiente de Angelina?

—¡Adivina!

—¿Jacinto Ocaña?

—¡Dios nos libre!

—¿Agustín Venegas?

—¡Jesús me valga! ¿No te digo que es amigo tuyo?.....

—¿Ricardo Tejeda?

—¡El mismo que viste y calza!

—¡No es rival temible!—dije para mí.

